CAPÍTULO II.

PARENTELA Y NACIMIENTO DE PORFIRIO.

MESON DE LA SOLEDAD—DESCRIPCION DEL EDIFICIO—NACIMIENTO DE PORFIRIO—LUGAR EN QUE VIÓ LA PRIMERA LUZ—CARÁCTER DE DON JOSÉ DIAZ, EL PADRE—EL LABRADOR MEJICANO Y EL EUROPEO—LA VIDA DEL RANCHO Y DE LA HACIENDA—RASGOS CARACTERÍSTICOS—DOÑA PETRONA MORY, LA MADRE—OTRA FIGURA TÍPICA—CUALIDADES PROMINENTES DE LOS ASTURIANOS—VENIDA DEL SEÑOR MORY—SU RADICACION Y CASAMIENTO—LOS MIZTECOS Y LOS ZAPOTECOS—GLORIAS DE NOCHISTLAN—DIGNIDAD VARONIL Y HERMOSURA DE LAS MUJERES—DISTINCIONES DE RAZA.

ANTES del siglo actual habia en la calle principal de la ciudad de Oajaca, uno de esos sólidos edificios de adobe, tan comunes en toda la América Española. La casa era de un solo piso y de azotea formando un cuadrángulo, y contenia dos patios extensos y cómodos; en el primero de estos se encontraban las habitaciones para la gente; y el segundo estaba destinado á las bestias.

El edificio estaba situado en la extremidad occidental de la calle de la Soledad y en el límite de la antigua villa del Marquesado. Esa calle era de las principales, siendo su prolongacion el camino real para la ciudad de Méjico.

La casa era de construccion maciza, con sus gruesas y blanqueadas paredes, impenetrables tanto á los calores del verano como á los frios del invierno. Un ancho zaguan daba entrada á los patios, en el primero de los cuales se encontraba la hilera de puertas de las habitaciones, teniendo las paredes exteriores del edificio la apariencia de una superficie plana y no

interrumpida. Al rededor de este patio habia un corredor, en el que los moradores pasaban la mayor parte de su tiempo, ocupados en sus trabajos, ó mas comunmente, entregados al goce del *far niente*. En el centro del mismo patio se encontraba una fuente, rodeada de plantas, la cual además de refrescar el aire de ese patio, servia para dar agua á las bestias en el patio contiguo, proporcionando un grato contraste á la esterilidad de los alrededores. Las habitaciones tenian poca luz y peor ventilacion. Lo benigno del clima, durante la mayor parte del año, hacia preferible la vida al aire libre y disminuia, por consiguiente, las exigencias en cuanto á muebles y adornos de los cuartos, que á veces se reducian á un catre de lona, ó á un banco de cama formado de tablas burdas, ó tal vez á un banco de mampostería construido en un rincon de la pieza, con mas ó ménos pretensiones á la comodidad. Además de las camas, que en un solo cuarto solia haber varias, se veian quizá una mesa y algunas sillas; pero en todo se notaba un vacío muy de acuerdo con lo tosco de las vigas, las cuales no siempre estaban blanqueadas.

En algunos de los cuartos se veia la imágen de un santo, adornado con ramilletes de flores artificiales y láminas de vivos colores en las paredes. En la estancia ocupada por la familia, constituia el mueblaje una hilera de bancos; las imágenes eran mas numerosas, y el cuadro de la vírgen se destacaba brillante alumbrado por la débil luz de una lamparilla de aceite. Sobre la mesa habia un reloj francés y mas arriba de él un pequeño espejo.

El edificio que acabamos de describir era conocido con el nombre de Meson de la Soledad. Los dueños de este establecimiento eran Don José Faustino Diaz y Doña Petrona Mory, su esposa, y fué aquí donde Porfirio vió la luz primera el 15 de Setiembre de 1830, víspera del glorioso aniversario de la independencia nacional.

Don José era hijo de Don Manuel Diaz y Marcela

Gracida, dueños de una pequeña hacienda en Clanichico, cerca de Oajaca, y hombre de carácter resuelto, de robusto físico y voluntad decidida. Sus antecesores, que eran españoles, salieron de la madre patria en los primeros años de la conquista, aunque no llegaron hasta que la guerra que la aseguró habia ya terminado, y el país dormia el sueño apático de la indolencia que el gobierno colonial supo tan bien mantener. Las industrias del país se concretaban entónces al comercio de la capital, á la industria minera en el norte y á la agricultura y faenas campestres en el sur.

Esto último era mas adecuado al gusto de los hidalgos de mejor condicion, quienes, aunque desdeñaban el trabajo, disfrutaban con gusto los frutos que producia. Sobre todo, anhelaban dominar. Se envanecian, con una intensidad de sentimiento que difícilmente apreciarian los mercenarios de nuestros dias, todos los arreos del poder, cualquiera que fuera la categoría de este: no de ese poder que solo consiste en la sórdida riqueza y en tener acopio de mercaderías, sino en la autoridad que los ponia en aptitud de ser árbitros de vidas y haciendas.

Podremos ilustrar esto perfectamente examinando, no al rico hacendado, dueño de una docena de haciendas, ni al que cuenta sus dependientes por millares en los estrechos confines de una ciudad; sino fijándonos en el ranchero ó labrador en pequeño, que en Méjico es, en muchos puntos, superior á su hermano de Europa, especialmente en cuanto á habilidad y maneras; y además en la Nueva España es un verdadero elemento representativo, un tipo puramente nacional, cuyas costumbres y condicion social forman un conjunto muy simpático. No será muy sólida su habitacion, que muchas veces se reduce á una simple enramada; pero el cielo despejado, el aire puro y embalsamado, y el paisaje encantador que tiene siempre delante, inspiran en su alma emociones de un estado de felicidad difíciles de superarse. Sus tierras no seran extensas, pero en cambio tiene mercados para

sus frutos, y encuentra poca competencia que lo impulse á esclavizarse ó á atesorar el dinero. Vive, no para trabajar sino para gozar. De aquí proviene que esté satisfecho con tener un pequeño terreno para cultivar el maíz, chile, frijoles, y ñames; criar unas cuantas cabezas de ganado, y tal vez un pequeño campo para la cochinilla, la caña de azúcar, ó cualquier otro fruto que le proporcione algunos pesos con que comprarse ropa y divertirse. Su gusto principal consiste en poseer un caballo fogoso, una vistosa silla de montar con adornos de plata, y grandes vaquerillos de piel de tigre barriendo el suelo; y la correspondiente reata siempre en la mano. Aquí tal vez pueda encontrarse el orígen de esos rasgos de bravura, franqueza, y caballerosidad que tanto lo enaltecen á los ojos de su amada y causan la admiracion de sus compañeros. No por eso deja de apreciar las ventajas que puede sacar de una ostentosa presentacion, vestido con su chaqueta de cuero, con un sarape de vivos colores al hombro y un sombrero jarano galoneado de plata.

Trabaja poco, dejando el cumplimiento de la mayor parte de sus obligaciones al cuidado de la familia, para frecuentar con alegres compañeros las tabernas y los bailes, discutiendo sobre el último pronunciamiento, ó sobre la bizarría de su general predilecto, ó, tal vez, urdiendo en reuniones secretas otra revolucion, que sin duda alguna, libertará á su patria de opresores. Fluctúa constantemente entre el reposo de la indolencia y una asombrosa actividad producida por las pasiones. Cuando se halla de este humor se le ve á caballo en carrera precipitada, remoliendo la reata en persecucion de algun toro alzado ó de alguna fiera, ó domando con fria y admirable pericia y gracia algun caballo endemoniado para la silla. Listo siempre para tomar parte en una pelea, se desdeña de llevarle ventajas á su adversario, y se manifiesta siempre tan ansioso por mantener el honor de su patria como el suyo propio. Pasado este arrebato impulsivo se rinde á la hamaca, y fumando su cigarro de hoja, trae á la memoria sus

conquistas sobre el bello sexo, repasa en su imaginacion las emociones del fandango, ligadas siempre con amoríos, ó tiempla su guitarra para improvisar versos laudatorios con que lograr nuevos triunfos. No olvida, en medio de todo eso, de cuidar su gallo de pelea, ni de apostar hasta el último real en favor de su plumeado campeon, ó de su carta favorita al juego del monte.

Al escoger para esta descripcion un ranchero de la clase media, lo hago de intento para no tocar los extremos de este tipo especial, pues estos no son comparables entre sí por razon de las categorías. Así sucede que el rico hacendado tiene poco que hacer con la administracion de sus bienes, y dejando todos los detalles á sus agentes ó mayordomos, pasa la mayor parte de su tiempo en la capital: miéntras que el ranchero de la clase ínfima es poco mas que un peon, que unas veces trabaja por su cuenta, y otras en las haciendas inmediatas; y guarda con celoso cuidado, por generaciones enteras, la tierra y morada que hoy puede ser suya, y mañana de otro dueño. ¡Siempre feliz, nunca envidioso!

Rodeados, pues, por circunstancias como las que acabo de narrar, los padres de José Diaz pasaron los años de su existencia en una hacienda del valle de Miztecapan; y allí fué tambien donde aspirando esa atmósfera de bienandanza, el padre de Porfirio vió la primera luz.

Si la época hubiera sido propicia y se le hubiese presentado la oportunidad, Don José habria podido ser hombre notable. Poseia, en alto grado, todas las cualidades naturales que lo hacian apto como patriota, como militar, y como estadista. En cuanto á su físico era alto, simétrico, muscular, y activo, y cuando se hallaba de buen humor era tan agradable de cara como en la forma. Era de semblante rubicundo, de mirada autoritativa y seria, ligeramente inclinada á la melancolía, y de un porte y modo de andar que indicaban en todo un hombre de resolucion. Habia en él

la misma cualidad que se encuentra en el hijo: á la vez de que era ordinariamente afable en sus maneras, de buen corazon y generoso hasta el extremo, si se le irritaba, y especialmente si se le hacia un agravio ó injusticia, la determinacion y energía que despertaban en él se asemejaban á la cólera del leon.

Esta cualidad era producida por su carácter fogoso y resuelto, propenso á amar ó á odiar. Tal propension debe existir en todos los grandes hombres: porque la grandeza no es otra cosa que la intensidad y fuerza que se inclina á uno ú otro extremo, ya para apoyar la justicia, ó ya para castigar la maldad. Cuando hay que combatir, que tomar parte en una batalla, ya sea física ó moral, esta no se podrá ganar sino con la fuerza y la perseverencia. El amor y la abnegacion vienen bien en las conquistas espirituales; pero hay que tener presente que las conquistas espirituales no son tan apreciadas en el dia como lo fueron en otros tiempos.

Tómese en cuenta la precocidad, la rápida viveza, y la impetuosa, aunque no sostenida, energía de un hombre como Don José, cuya naturaleza tenaz en el aprecio de los buenos principios, aunque llevada de impulsos espasmódicos, por lo general de cualidad generosa—impulsos tan pronto revestidos de abnegacion y prudente y bien sostenida persistencia, como de aturdida temeridad, hasta recaer por último en la indolencia y el indiferentismo—si el temple diamantino se sostiene bastante tiempo, y existen circunstancias dignas de una lucha, el resultado ha de ser necesariamente de mas magnitud que lo ordinario. Y aun las personas de mucho ménos carácter que la de que hablamos, si bien son esencialmente caprichosas é inflamables, son tambien generosas é intrépidas: si manifiestan con frecuencia el orgullo español, tambien dejan ver su sociabilidad y buen trato.

Para apreciar el carácter como es debido, es necesario estudiar las condiciones físicas de la persona que se juzga; el estado de la sangre, del hígado,

de los huesos y músculos y sus efectos son de considerarse. A la que disfruta de salud, y á la que carece de ella, debe juzgárseles de una manera enteramente distinta. Désele á la ténue aunque sólida inteligencia de De Quincey—cuya fantasía era tan exhuberante cuanto severa su lógica—désele, en cambio de su débil y pequeña estatura, su cabeza grande y pálidas facciones, el robusto físico de un Cromwell, é imagínese el resultado.

En la madre de Porfirio tenemos un tipo enteramente distinto al del padre. Los Morys vinieron de Asturias, cuyos hijos tienen fama por su espíritu independiente y la jactancia de su antigüedad. No pueden olvidar que fué en sus montañas donde Pelayo salvó á la nacion española de la destruccion, ántes de que los moriscos amenazaran el cristianismo.

Si los hijos de Asturias son de formas ménos simétricas y de facciones mas regulares que los de las provincias moriscas, son sin embargo fuertes y valientes. Si debido á las manifestaciones naturales de sus imponentes montañas han adquirido aquellas ideas algo sobrenaturales, son, no obstante, hombres de buen juicio. Poseen á la vez, la impetuosidad de los celtas y la franqueza é integridad de los godos.

Comparativamente hablando, menor número de asturianos que de originarios de otras provincias, vinieron al Nuevo Mundo á buscar fortuna; pues á pesar de ser valientes, fuertes, y á propósito para arrostrar todo peligro, el amor á sus toscos hogares y primitivas costumbres los hizo apegarse á su país natal.

Como á mediados del siglo pasado, el padre de Petrona Mory cruzó el océano. Un gran número de los inmigrantes españoles vinieron bajo los auspicios de amigos cuya influencia política ó comercial les conseguia algun cargo público ó destino, que, servido con habilidad, los llevaba al desempeño de puestos prominentes y á la adquisicion de riquezas. Otros se dedicaban á ejercer su profesion, ó tomaban á partido el manejo de minas ó plantíos.

Muchos de los inmigrantes españoles pertenecian á la humilde clase de tenderos, mineros, artesanos, y labradores, dedicándose estos últimos, en su mayor parte, á la enseñanza de los indígenas. Prontos para aprender donde mediaba el interés, y satisfechos con ganancias mas pequeñas, los naturales se constituyeron en poderosos rivales de estas clases, al grado de entorpecer en gran manera su prosperidad. Los mineros sufrieron ménos, pues su ocupacion los condujo al norte entre las tribus salvages.

Cualquiera que fuese la categoría ó clase de los que llegaban, todos ellos venian imbuidos en la misma necia idea—de que eran superiores á todos los demás. Por mas pobre, ignorante, ó degradado que fuera, cada uno pensaba que el solo hecho de haber nacido en España, lo hacia superior á toda persona nacida en otro lugar. Era la antigua creencia romana—creencia de muchos siglos, que fué implantada mas tarde en la América, de que todos los que no nacian en Roma eran bárbaros. ¿Donde está Roma ahora? ¿donde España? ¿Cómo las compararémos hoy dia con esos mismos bárbaros?

En el Nuevo Mundo esta necia preocupacion se llevó hasta el extremo: todos los que llegaban de España pertenecian ante sí mismos, por naturaleza y derecho innato, al círculo de los escogidos. Este razonamiento hacia adquirir al alma su calidad y posicion de la localidad en que habia sido encarnada. Como Rómulo y otros, que no habiendo conocido nunca padres en la tierra, atribuian su nacimiento á los dioses, así entre estos recien llegados, habia muchos con imaginaciones bastardas, que no contaban con otra cosa de qué servirse para fundar sus ideas que su propia estupidez. Y aun despues de la revolucion, que emanó en gran parte de los celos y odios que estas ideas engendraron; cuando España habia caido del lugar que ocupaba entre las naciones, habiendo ya pocos tan necios que considerasen como un honor sagrado el haber nacido en sus recintos, y que el nom-

bre de español en el Nuevo Mundo habia llegado á ser un término despreciativo; todavía se encontraban algunos que se burlaban de la idea de mezclar su sangre con la de los indios, cuando en realidad la habrian mejorado mezclándola con otra cualquiera.

La clase de tenderos en Nueva España se componia

VISTA EN NOCHISTLAN.

en su mayor parte de asturianos; pero el Señor Mory no parece haberse asociado con ellos, al ménos en las poblaciones. Se radicó en Oajaca, donde sus escabrosos cerros y hermosos valles le inspiraban sentimientos patrióticos y recuerdos de su país natal. Nochistlan, en las montañas del alto Miztecapan,

se hallaba en el camino de Méjico á Oajaca y Tehuantepec, y ya en el tiempo de los aztecas tenia fama por su riqueza, adquirida con el tráfico comercial. En este giro encontró el Señor Mory ocupacion. Allí se estableció y tomó por esposa á una mizteca. Uno de sus hijos, Mariano, vivia á principios de este siglo en la Villa de Todocomo con su esposa Tecla Cortés; y de esa union habia tenido una hija llamada Petrona Mory.

Los miztecos y sus vecinos los zapotecos estaban cuando ménos tan avanzados en civilizacion como los aztecas; siendo unos y otros bajo algunos aspectos, iguales, si nó superiores, á los Europeos. Nochistlan sobresalia asímismo en su adelanto intelectual y en el cultivo de las ciencias y artes. Su pueblo, además se preciaba de ser de tez mas blanca que los que habitaban las llanuras y tierras bajas de los trópicos. En cuanto á sus mujeres, hasta el grave Padre Burgoa se extasía al hablar de sus facciones apacibles é inteligentes, de su bella complexion, sus hermosas formas, y gracioso porte. Qué de raro, pues, tiene el que los primeros caballeros de España buscaran esposas allí y que Petrona hubiera ganado el amor de Don José.

En las venas de Porfirio, por lo mismo, se mezcló la sangre de las mas orgullosas provincias de España, con la de las naciones mas altivas de la América, circunstancia que no debe menospreciarse ó hacerse á un lado desdeñosamente; pues aunque estimemos en poco el orgullo de la posicion, del poder, y aún de la descendencia y divinidad de los reyes, no podemos desconocer el desarrollo humano y la divinidad de la raza; que la creacion humana es superior á la de los animales, así como tambien que unos hombres son superiores á otros: el cerebro y los músculos en algunos son de contextura mas fina que en otros.

Así fué que este niño, destinado á ser un hombre representativo cuando se desarrollara, debió nacer de una raza típica de los mejicanos.